

potenciado por la encíclica *Aeterni patris*, de 1879. Es comprensible, pues, que esa literatura teológica pudiese ser aburrida para un teólogo que no se había formado en los ateneos pontificios. Pero las reservas de Ratzinger hacia la neoescolástica alemana (si las hubo y si fueron tan marcadas como se nos dice), no son razón suficiente para una descalificación tan radical como la que nos ofrece Valente en su libro. El empuje y brillantez de la nueva teología alemana, francesa y belga de los años cincuenta y sesenta, no empece la innegable calidad de los neoescolásticos alemanes de aquellos años, como se comprueba repasando ahora algunos manuales de Albert Lang, Karl Adam, Franz Diekamp o el mismo Maurizio Flick, aunque este hiciera casi toda su carrera en Italia. Y se podrían aducir muchos nombres más. ¿Acaso no será este libro, al menos en este punto, más bien una reconstrucción *a posteriori*, por parte del autor, sobre la base de testimonios de amigos y discípulos de Ratzinger, y no a partir de la estricta vivencia del biografiado? Los pocas anotaciones que el biografiado nos deja en *Mi vida*, no permiten, a mi entender, concluir tantas cosas como nos dice Gianni Valente.

El juicio histórico se complica todavía más cuando se habla de Michael Schmaus, que aparece en esta biografía como enemigo declarado de Ratzinger, incluso intentando frustrar su carrera académica, al haber intentado sabotear su traslado a Bonn (p. 55). Ni el asunto de la tesis de habilitación, que tan hondamente afectó a Ratzinger, como se lee en *Mi vida*, ni, por supuesto, el vago recuerdo de Läßle, parecen suficientes para una afirmación tan espectacular. Lo de la tesis de habilitación también debería ser tratado con más atención, puesto que la parte anotada por Schmaus, con innumerables indicaciones manuscritas, no fue posteriormente presentada en la nueva versión de la tesis de habilitación, ni publicada más tarde. Una disputa académica sobre la naturaleza de la Revelación –que tal parece haber sido el contenido de la parte desaprobada– o la rivalidad académica entre Söhngen y Schmaus, que salpicó al candida-

to a habilitarse como libre docente, no concluyen en la dirección que pretende Valente. Cuando tuve ocasión de hablar con Schmaus, a primeros de los ochenta, no detecté nada de lo que aquí se dice, aunque es innegable que el tiempo borra muchas cosas y ya habían pasado bastantes años desde la citada tesis. En todo caso, la calidad especulativa de Schmaus, su revolución metodológica, su recuperación de la tradición agustiniana y altomedieval, su respeto por la historia y la acción del Espíritu en ella (recuérdese su monumental *Dogmengeschichte*) y su apertura a las novedades teológicas (ya antes del concilio en su *Dogmática* y, sobre todo, después) no justifican –a mi entender– juicios tan tajantes; juicios que, por otra parte, tampoco pretendía en su autobiografía Joseph Ratzinger, cuando describió el dolor y la angustia que sintió al temer que su habilitación se frustrase y, con ella, tantos planes personales y familiares.

Al final de esta monografía, que se lee con sumo agrado, viene una relación completa de los cursos explicados por Ratzinger en la Universidad alemana, el título de los seminarios dirigidos y los temas de los coloquios con sus doctorandos.

J. I. Saranyana

Mauro VELATI (ed.), *Angelo Giuseppe Roncalli-Giovanni XXIII. Pater amabilis. Agende del pontifice, 1958-1963*, Istituto per le Scienze Religiose, Bologna 2007, xxxvii+569 pp.

El séptimo volumen de la Edición Nacional de los diarios de Giuseppe Roncalli-Juan XXIII, está consagrado a las agendas que abarcan su breve pontificado. La salida de este volumen coincidió con la desaparición del máximo impulsor de esta Edición Nacional y, en general, de los estudios sobre Juan XXIII, Giuseppe Alberigo. Este hecho justifica la apertura del volumen con un *in memoriam* redactado por Alberto Melloni.

La publicación de unas agendas o diarios pontificios es un hecho extraordinario por lo

que respecta al siglo xx. Ni Pío xi, ni Pío xii dejaron rastros escritos significativos de carácter personal y el caso de Juan xxiii solo puede parangonarse al de san Pío x, aunque este último dejó sobre todo correspondencia de tipo «profesional». De hecho, la publicación de estas agendas del Pontífice, junto con el *Diario del alma* y el epistolario de su pontificado, publicado por Loris Capovilla, forman una especie de trilogía que debería permitirnos entrar en el pensamiento y carácter de Juan xxiii.

No obstante las agendas son irregulares. No cubren todos los días del pontificado y en algunos casos (inicio del pontificado) hay lagunas de semanas y meses. Este hecho puede llevar a alguna decepción ya que momentos clave de su pontificado restan en el silencio. Por lo tanto, no estamos ante una crónica de un pontificado. A pesar de esto, las agendas no dejan de atraer nuestra atención pues muestran no sólo al Pontífice, sino también al hombre espiritual y al sacerdote, mixtificando los ámbitos de lo privado y lo público. En este sentido, son de gran ayuda tanto las valiosas notas a pie de página como el cuidado índice de nombres.

Son especialmente interesantes sus apuntes espirituales sobre la huella que deja en su alma la liturgia y especialmente el rezo del breviario. En ella, Juan xxiii se identifica con algunos de sus predecesores a través de la meditación de sus escritos, y particularmente, busca la esencia del papado en algunos textos como en los de san Bernardo: «Papa id est amabilis pater». Además, las agendas evidencian la importancia que el papa otorga a las beatificaciones y canonizaciones y el apoyo que dio al proceso de uno de sus predecesores más admirados, Pío ix.

Las agendas muestran el trabajo agotador del pontífice en la redacción de algunas de sus alocuciones, homilias, discursos, y el agradecimiento a sus colaboradores. Así mismo, las relaciones con la curia «la familia del papa» y el fustigamiento del «carrierismo». Igualmente, por su agenda desfilan obispos, problemas y necesidades de las más variadas diócesis del

mundo. Otro de los puntos importantes es la preparación del Concilio aunque de los Diarios no se puede deducir un criterio claro en la preparación del evento conciliar. Igualmente, aparecen por las páginas de los diarios destacados dirigentes políticos italianos: Gedda, Togliatti, Fanfani, Moro...

El libro nos muestra, en definitiva, a un Juan xxiii no idealizado ni mitificado como la encarnación de una nueva Iglesia y de un nuevo cristianismo, sino como un hombre ligado a una biografía personal, con sus particularidades y sus limitaciones, condicionado por unas determinadas circunstancias históricas, pero consciente de su elección y misión como *pater amabilis*.

S. Casas

Alexandra von Teuffenbach, *I Papi del xx secolo*, Edizioni Art, Roma 2008, 190 pp.

El presente volumen contiene una serie de semblanzas históricas de los principales romanos pontífices del siglo xx, desde León xiii a Juan Pablo ii. El hilo conductor de estos desarrollos históricos son las palabras del cardenal César Baronio (1538-1607): *pax et oboedientia*, a las que se aludió Juan xxiii en una conferencia de 1917. Así, el pontificado de León xiii constituirá la «búsqueda de la paz social», sobre todo con la encíclica social *Rerum novarum* (1891). Pío x, el papa Sarto, destacará a su vez por «aprender la obediencia», si bien se recuerdan también las numerosas e importantes intervenciones de orden litúrgico, doctrinal y canónico durante su pontificado. De Benedicto xv se subrayará su incansable –y aparentemente poco exitosa– búsqueda de la paz del mundo en plena I Guerra Mundial, aunque también se trae a la memoria su decidido impulso misionero en todo el mundo.

Pío xi será también un gran papa misionero, a la vez que combatirá tanto el fascismo y el nazismo, como el comunismo y la persecución religiosa en España y México. Destacará también por ser el gran promotor de la Acción Ca-